

## Mateo 6:10

Sermón Mateo 6:10 Venga a nos tu reino. Traducido de inglés de 1985 y expandido

Hace algunos años manejando en mi auto escuché en la radio a un famoso predicador fundamentalista, J. Vernon McGee, quien comentó sobre el reino de Dios. Al parecer alguien le había escrito algo acerca de que Cristo está reinando ahora, y él no estuvo de acuerdo. Dijo algo así: Miro alrededor y veo violencia, crimen, inmoralidad e impiedad. No me parece que Cristo está reinando ni que estemos en ninguna clase de milenio ahora.

¿Tenía la razón? ¿Es la razón principal por la que necesitamos orar esta petición: “Venga a nos tu reino”, porque el reino de Cristo sencillamente todavía no está presente? ¿Será la respuesta a esta petición una clase de época dorada aquí en la tierra en que Cristo personalmente gobernará y dominará a cada hombre en la tierra de modo que tengan que someterse a su autoridad y preceptos? ¿Y es cierto que el crimen, la ilegalidad y la incredulidad de esta época quieran decir que Cristo obviamente no está gobernando ahora?

¿De hecho miramos sólo al futuro con esta petición: Venga a nos tu reino? No lo creo. Y la razón por la cual no lo creo es que la Biblia no nos permite pensar del reino de Dios como algo que sólo está en el futuro y que tal vez algún día venga. De hecho, desde el mismo principio Juan el Bautista proclamó valientemente: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt 3.2). Y Jesús mismo comenzó su ministerio de predicación con el llamamiento: “¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!” (Mt 4.17). Durante todo el ministerio de Jesús, uno de sus temas principales fue el reino de Dios. El reino de Dios fue como esto y aquello, como el grano de mostaza, como la levadura en la masa, como el sembrador que salió a sembrar. No es difícil ver por qué el fervor mesiánico judío, ese deseo por el rey venidero, que nunca estuvo demasiado lejos de la superficie, comenzó a ponerse activa con nueva vida y calor, y comenzó a centrarse en la persona de Jesús. Con cada milagro aumentó la excitación. Y cuando habló, pues nunca habían oído a nadie hablar como él. Habló como uno que tenía autoridad, no como los escribas y fariseos. Y luego, cuando había alimentó a más de 5000 de ellos a la vez, la gente

se adelantó para tomarlo y hacerlo su rey. Había llegado el momento — y sorprendentemente, y para el pueblo inexplicablemente, Jesús rehusó. Se escapó y no quiso tener nada que ver con las esperanzas y sueños del pueblo.

¿Pero quería decir eso que Jesús no sería un rey? ¿Significaba que deberían esperar a otro? Aun Juan el Bautista, sentado en una celda de la prisión en lugar de ser el primer ministro del reino, envió mensajeros a Jesús para preguntarle: “¿Eres tú aquel que había de venir o esperaremos a otro?” (Mt 11.3). No es de extrañarse, entonces, que los enemigos de Jesús hayan preguntado con burla: ¿Dónde esá ese reino de Dios de que siempre estás hablando? ¿Qué has hecho, realmente, para eliminar a los romanos? ¿Cómo puedes hablar del reino de Dios cuando los romanos paganos están oprimiendo al pueblo escogido de Dios? Pero Jesús simplemente les dice que toda su idea del reino de Dios sencillamente está equivocada.

“Preguntado por los fariseos cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: —El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: ‘Helo aquí’, o ‘Helo allí’, porque el reino de Dios está entre vosotros” (Lc 17.20-21).

En otras palabras, no esperes encontrar el reino de Dios en un lugar específico. No busques el palacio o el trono. No busques los adornos de un príncipe majestuoso ni una corte imponente ni un ejército poderoso. La venida del reino de Dios no es algo que pueden ver ni observar.

¿Significa que el reino de Dios sencillamente no existe, que es pura imaginación? ¿O que al menos es algo que todavía se tiene que esperar para el futuro distante? De ningún modo. “el reino de Dios está entre vosotros”. El reino de Dios en el sentido en que Jesús lo estaba usando aquí y en el Padrenuestro no tenía nada que ver con expulsar a los romanos ni establecer un trono en Jerusalén. El reino de Dios significaba que allí mismo, entre ellos, en medio de sus enemigos, puesto que estaba hablando a los fariseos, el reino de Dios había prorrumpido a la gente de modo que habían arrepentido de su pecado, confiado en Jesucristo para la salvación, y así tenían un nuevo Señor y maestro a quien buscaban agradar y hacer su voluntad.

No fueron por naturaleza súbditos de este reino. Por naturaleza cada uno de ellos, al igual como era todavía el caso con aquellos que hicieron la pregunta acerca del reino, fueron súbditos de aquel que las Escrituras llaman “el príncipe de este mundo”. Él

había controlado sus pensamientos, palabras, acciones, de hecho su religiosidad. Fue un capataz duro, edificando su reino mediante los esfuerzos y los pecados de ellos, a la vez que planeaba destruirlos por medio de su propio servicio a él.

Pero ahora sucedió lo imposible. La gracia ha prorrumpido sobre ellos. El Espíritu Santo ha obrado en ellos una convicción de su propio pecado, su condición de perdidos y su condenación, y los ha llevado a la única solución por su miseria y pecado, Jesucristo, el Hijo de Dios perfectamente justo que bajó del cielo para abolir el pecado, la muerte y la condenación para ellos. No se lograría fácilmente. Costaría nada menos que la vida de Cristo mismo, entregada por los pecados de la humanidad. Mediante el nuevo nacimiento de la fe en Cristo han reconocido que fueron comprados por precio, que ya no son suyos, sino que todo su propósito en la vida y en la muerte ahora es glorificar a aquel Salvador que ha sacrificado tanto para salvarlos. No tenían ningún poder para levantarse al reino de Dios, pero el reino de Dios ha llegado a ellos. Sin merecerlo en lo mínimo, sin que hayan hecho cosa alguna para alcanzarlo, han recibido el reino. Es decir, Dios ha llegado a ser la fuerza dominante en sus vidas. Aunque todavía están en el mundo, no son del mundo, sino que ahora son ciudadanos naturalizados del reino de Dios.

Así, otra vez podemos hacer una pregunta. Si el reino de Dios ya les ha llegado, ¿por qué todavía deben pedirlo? ¿Realmente todavía tiene que venir? ¿No es superfluo y innecesario seguir pidiendo al Padre celestial: Venga a nos tu reino?

No lo es, por supuesto. De otro modo Jesús seguramente no nos habría enseñado a orar de esta forma. Pero ¿por qué? Para llegar a la respuesta, una sugerencia de Lutero es muy útil. Nos recuerda que el diablo sigue siendo el príncipe de este mundo. Sigue en nosotros una naturaleza pecaminosa, los deseos de la carne, la atracción del mundo. Y, dice: “No importa cuán piadosos seamos, todavía los malos deseos intentarán reinar juntamente en nosotros, y de hecho les gustaría reinar solos y llegar a dominar. Así que, el reino de Dios lucha contra el reino del diablo constantemente”. Así se hace necesario luchar constantemente contra el pecado para que se aumente en nosotros el reino de Dios. Y la lucha se lleva a cabo en su nivel más básico cuando el cristiano sencillamente ora, con palabras, corazón y obras, “Venga a nos tu reino”. Sí Señor, tú que me has redimido de la culpa del pecado, líbrame ahora también de su poder. Úsame en tu servicio. Haz brillar tu luz en los lugares

más oscuros de mi corazón de modo que no reserve nada de ti, sino que te sirva total y enteramente. Toma cautivos mis pensamientos, mis motivos y mis palabras y acciones de modo que puedan glorificar sólo a ti. Esta es una oración que será apropiada cada día de nuestra vida, hasta que llegue aquel día en que veamos el reino de gloria celestial de Cristo en el último día.

Pero hay todavía otra razón por la que debemos orar esta petición. Hay tantos que no tienen ninguna participación en el reino de Dios. No sólo sirven al príncipe de este mundo, sino, para decir la verdad, prefieren servirlo. Tal vez el temor evite que pongan en acción algunos de sus deseos más burdos y lascivos. Pero si pudieran hacer lo que desean cumplirían sus propios deseos sin ni siquiera pensar en si esto agrada a Dios o no. No es necesario sólo pensar de la inmoralidad ni el robo o el asesinato. No se tiene que ser un gran criminal para pertenecer a esta clase. El ejemplo que menciona Lutero es la persona que amontona las posesiones en esta tierra como si pudiera quedarse aquí para siempre. Es la mentalidad que busca sólo su propio provecho en todo. Es hacer cualquier cosa más importante en la vida que Dios y su voluntad.

Pero el Dios que sacrificó su vida por nosotros también ha pagado este precio por un mundo entero de pecadores. Y realmente desea su salvación. Dios quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad. Si esto sucede, el reino de Dios habrá llegado a ellos también, y así el reino aumentará no sólo dentro de cada uno de nosotros, también aumentará en el número de sus súbditos. Esta petición es en realidad también una oración por la conversión de todos los que ahora no tienen la fe en Jesucristo para que ellos también escapen del poder de Satanás y del infierno. Así que no oraremos sólo por nosotros mismos, sino también en amor por otros para que también experimenten la gracia de Jesucristo para salvarlos eternamente.

Ha venido en verdad el reino, pero oremos para que siga viniendo diariamente en nosotros, y para que alcance a multitudes más en todo el mundo. Sí, Señor, que venga a nos tu reino. Amén.